

actuado por cuenta, sin obedecer las órdenes dadas por U Thant desde su cuartel general del piso 38 de Lake Success. Adré Frossard, comentarista del «Figaro», escribía: «Mandados por todo el mundo, los soldados de la ONU terminan por no obedecer a nadie. La jerarquía se ha invertido: El Secretario General tiene menos autoridad que el jefe de Estado Mayor, que no tiene poder sobre los coroneles, que consultan a los capitanes, que no saben dónde están los cabos que marchan tras los soldados.» La aparición de un general americano, el teniente general Truman, ha complicado más las cosas. La vieja crisis de las Naciones Unidas, planteada prácticamente desde su fundación, se ha agudizado con su intervención congoleña.

Otro problema moral: la utilización que se está haciendo del drama del Congo para combatir el anticolonialismo en general y para ensalzar los dorados tiempos de la ocupación belga. Todo lo que ocurrió y ocurre en el Congo no es una consecuencia de la descolonización, sino una secuela de la colonización (como lo que pasa en Argelia o como el último acontecimiento trágico de Africa, el asesinato de Silvanus Olimpio en el Togo). Se escribe que los países recientemente liberados tenían un retraso de varios años —hasta de dos o tres siglos, se ha dicho—, y que se debía haber esperado para darles libertad a que se pusieran al nivel de sus colonizadores, olvidando que, axiomáticamente, las poblaciones indígenas de los países colonizados estarán siempre retrasadas con respecto a sus colonos, pasen los siglos que pasen, y nunca verán llegado el momento de igualdad que les liberaría.

En los años de la ocupación belga la renta nacional del Congo se elevaba a 47.000 millones de francos; 24.000 millones se repartían entre doce millones de indígenas; 23.000 millones entre 86.000 blancos, que tenían así un nivel de vida 120 veces superior al de los nativos. Todo el Congo está edificado sobre ríos de sangre. En las escuelas se enseñaba a los niños a «obedecer a sus amos». En 1906 un diputado belga leía ante la Cámara una circular enviada a los jefes de puesto en el Congo: «Vaya usted a los bosques con un buen látigo. En la primera choza, diríjase usted al propietario: Toma esta cesta, vete al bosque, y si en ocho días no has vuelto con tus cinco kilos de caucho, tu casa va a arder.» El látigo servirá para empujar a los bosques a todos los que no quieran abandonar sus pueblos. Quemando una a una las casas, no será necesario que llegue usted a la última antes de ser obedecido. El comisario general del distrito de Uelle decía a sus subordinados: «Deben suministrar mensualmente 4.000 kilos de caucho. Tienen ustedes dos meses para hacer trabajar a sus poblaciones. Empleen primero la dulzura, y si las gentes continúan sin obedecer las imposiciones del Estado, empleen la fuerza de las armas.» Esta colonización, que convertía el Congo en un país económicamente subsidiario de la economía belga, que impedía el acceso a instrucción superior a los congoleños, hambrientos y aterrorizados, es la que ha producido el drama.

Un drama que está lejos de ser resuelto. El país, empobrecido y ensangrentado, cuyas riquezas se disputan los grandes países de Occidente, está muy lejos de alcanzar aún su verdadera independencia. Aún el Congo tiene que aparecer muchas veces en las primeras páginas de los periódicos del mundo.

E. H. T.



Se halla en crisis el Banco Nacional de Katanga. Han desaparecido misteriosamente mil millones de francos. Sería inútil investigar su destino



ramón,

EL HOMBRE QUE JUGABA CON SU SOMBRA

UNA noche de sábado, hace más de dos lustros, Ramón se despedía de su tertulia de Pombo. Había pleno en la cripta y, sin embargo, no estaban todos; la historia y los años habían diezimado y dispersado a los «sonadores vitalicios del café» pero Pombo no aguardaba ausencias y una multitud de jóvenes curiosos ocupaba su lugar. Recordamos también la presencia de Conchita Montes, de Sanz y Díaz —que había sostenido celosamente entre los declamónicos espejos la memoria presidencial de Ramón—, así como la de —oh, la fidelidad!— mucha gente del circo. Más temprano que en otros tiempos, Ramón se levantó y pronunció las palabras de adiós —el réquiem— con un acento inevitablemente porteño. Treinta años de tertulia habían muerto y, finalmente, Ramón fue dando el pésame, uno a uno, a los que formaban el duelo. Faltaba Solana para retratar el momento definitivo.

Luego Ramón Gómez de la Serna regresó a Buenos Aires y Pombo se transformó en una moderna tienda, porque no hay bohemia ni romanticismo que pueda con los tiempos, y no tenemos por qué lamentarlo demasiado. «Los hombres se han dado siempre mucha importancia», había escrito él; muchos no aprendieron la lección e hicieron necrologías de imposible encaje en el mundo ramoniano.

Ahora, al morir Ramón, cabe considerar, apresuradamente, la estructura de este mundo que ya se ha cerrado, y las razones de su existencia. Fue, en realidad, como una explosión de los felices años de entreguerras, el resultado de una época que no supo encontrar su exacto perfil y se desbordó hacia la brillantez, la bella e inútil metáfora, el recreo en el matiz, la falsa salvación en lo pasajero. Pero este mundo, aunque compartido, no puede desligarse de la personalidad de su creador. De la trayectoria que arranca del número 5 de la calle de las Rejas, e injerta, al cabo de los años, las decadencias de París en lo esencial de los más castizos barrios madrileños.

En su torreón de Velázquez, rodeado de su familiar ambiente tragicómico —la muñeca de cera, el esqueleto, el muñeco epiléptico, las mascarillas—, Ramón alzaba su obra. «Qué difícil es trabajar para que todo resulte muy deshecho, un poco bien deshecho», decía. Bajo este lema nacía una ingente literatura, anticipo del «absurdo» y del surrealismo, y de cien intentos que vinieron después. ¿Era Ramón un rebelde? Escuchémoslo: «Emplacé en las letras mi rebeldía, en vez de tirar ideas sociales a la cabeza de los demás.» Así, a golpes de ingenio, a fuerza de descuartizar el idioma para volverlo a componer a su manera, abrió cauces que hoy han de recorrer muchos, aunque no lo quieran o no lo sepan. Pagó por ello sus derechos: rompió sus vínculos con la historia y se situó al margen. Podemos preguntarnos si la operación valía la pena. Pero no es el momento.

Ha muerto en Buenos Aires el autor de «Pombos», de «Ismos», de «El torero Carachos», de «El circo», de «Senos», de «La viuda blanca y negra»; el amigo de Ehrenburg y Casson, de Ortega y de Grandmontagne, de Vighi y de Borrás. El hombre que iba «hablando solo por el mundo»; el que charlaba desde un trapeo o mientras esgrimía un chuzo luminoso. El que buscaba epitafios por los cementerios. El Ramón de un Madrid que va languideciendo, malresistiéndose a desaparecer. El inventor de la greguería, quizá el único cordón umbilical que lo unta a su tierra. Esta es la hora del énfasis, de la declamación engolada, del llanto circunstancial. Todo lo que él había, prácticamente, negado.

Su mejor necrología sería, o será, un estudio serio que, abarcando toda su obra, sepa valorarla desde afuera, con la perspectiva de que hoy puede disponerse. Y que sepa situar en la época, con todas las consecuencias, la diversa literatura del hombre que «quería jugar con su sombra».

EDUARDO G. RICO